

PAGINA DE OPINION

LA UNIVERSIDAD DE GUIPUZCOA, SI, PERO...

ENSEÑANZA: Convocadas para el día 16 de junio

2.149 guipuzcoanos se presentarán a las pruebas de acceso a la Universidad

Los exámenes se realizarán en San Sebastián, probablemente en la Facultad de Derecho

El viernes pasado, en San Sebastián

LOCAL

897 GUIPUZCOANOS SE PRESENTARON AL EXAMEN DE GRADUADO ESCOLAR

El 70 por 100 son mujeres (muchas de ellas casadas)

UN CONCEPTO DE UNIVERSIDAD

SANTIAGO AIZARNA

Desde hace algún tiempo a Guipúzcoa le ha dado por proyectarse hacia la Universidad. Y lenta, muy lentamente —tanto que parece que ni avanza—, vamos tirando de la Universidad, estamos como empeñados en un torneo de «soka-tira» para que la Universidad llegue hasta nosotros. Pero, he aquí lo que se me ocurre como pregunta fundamental: ¿Es esta Universidad que Guipúzcoa pide, la auténtica, la neta, o simplemente lo que pedimos es una Universidad doméstica, un lugar expedidor de títulos que nos facilite los medios de poder ganarnos la vida en esta sociedad titulista en la que hemos tenido la desgracia de haber nacido?

Sucede, a mi humilde entender, que la Universidad no es ni un edificio, ni unas aulas, ni unas enseñanzas impartidas. La Universidad, desde mi concepto un tanto idealista si se quiere, es una especie de ambiente más bien, con algo como un sutil aura incopiable, y que no se completa e integra por más edificios que se levanten, por más suma de enseñanzas o de especialidades que se impartan. La Universidad, efectivamente, tiene algo como una característica que trasciende de sí misma, pero más aún, yo creo que cada Universidad tiene que trascender, a más de esta característica, a una definición propia. La Universidad tiene que ser, un poco, como un matasellos definidor, que, prestándole al

universitario la clase, la alta calidad de su magisterio, algo como un timbre de hidalguía en sus estudios, a más de ello, también le proyecte hacia lo universal, dejándole en una libertad acompañada, porque inalterable compañía para el hombre durante toda su vida serán sus estudios, pero de forma que nunca supongan un lastre para el pensamiento, sino más bien como una materia prima necesaria para que el alambique personal clarifique la suprema matización de todo conocimiento, porque, en definitiva, aquello que ha fructificado en sabiduría no es ni lo extenso ni lo hondo que se ha estudiado, sino lo que la propia persona ha alquitarado en los cedazos incólumes de su libertad.

Pero quiero volver a reiterarme en mi idea de que la Universidad no es, ni muchos menos, ni un edificio, ni unos estudios, ni por supuesto esa idea que, a nivel familiar o popular, se sustenta.

Cuando se habla de la Universidad a este simple nivel doméstico sucede que siempre se tiene en cuenta el gran contingente de estudiantes que, tras terminar sus estudios de segunda enseñanza, se tienen que trasladar a otras ciudades, a otras tierras, a otros lugares. Esto es algo basado en una pequeña miseria material más que en una exigencia espiritual. La Universidad, como vivero de licenciados en lo que sea, quienes, a su integración en la sociedad de donde han salido, se dedicarán al honesto juego de ganar dinero (y digo honesto desde el ángulo de que una licenciatura da como el espaldarazo legal y hasta honorífico a una profesión que puede ser tan mercantil como otra cualquiera), no creo yo que interesa demasiado. Y, por desgracia, ese es el concepto que se tiene comúnmente de la Universidad, no sólo en los lugares en que no se tiene la suerte de contar con ella, sino también en aquellos otros en que una larga tradición los ha fijado como sede, y han ido dejando la más profunda estela universitaria.

El concepto de la Universidad como lugar de enseñanza únicamente, y que desde este enunciado un tanto totalitarista me parece erróneo, se carga de mucha mayor gravedad punible si se enfoca desde el ángulo de una simple visión a nivel de ahorros domésticos o de bolsillos familiares saqueados. Y ya no digamos sólo que será errónea, sino totalmente absurda, si partimos de ese otro concepto de Universidad fraccionada que, sin embargo, las provincias o regiones que no cuentan con Universidad, y por contar con algo, están dispuestas a aceptar. Para mí, instalar (porque son instalaciones más que fundaciones, cuando fundación tiene que ser la Universidad a todos los conceptos) una Facultad de Derecho en San Sebastián, y una de Medicina en Bilbao, e ir diseminando la geografía de absurdidades parecidas, y andar como locos tratando de reunir tres Facultades, creo, para que con ello se dé el marchamo de Universidad a un lugar de estudios, es no tener ni idea de lo que una Universidad puede y tiene que ser.

Creo que se impone, sin lugar a dudas, un concepto mucho más serio de la Universidad. Porque, con lo que ésta debe contar como primera y más elemental fuerza es con un

cuadro de personalidades, de eminencias de la investigación que serviría para darle el basamento de su categoría, y ello, junto con esa especial aura de que antes hemos hablado, y que es emanación de esas personalidades, serviría para configurarla y para insuflarle de alma. Una Universidad se compone, más que de edificios, más que de piedras, más que de aulas, más que de laboratorios de investigación, de eminencias, es decir, de polos de cultura. Y lo que menos importancia tiene es la impartición de títulos, si todo ello no es superado con un ambiente de singular categoría humanística y cultural.

Es corriente sustentar un concepto de la vida a partir del viejo lema del «primun vivere...». Pero, a este tenor, se podría preguntar también, qué es el vivir, y si ello supone solamente volcarse hacia las nutriciones y satisfacciones materiales que la vida puede ofrecer, o si no hay que tener la ambición de traspasar esta materialidad, si no hay que fijarse metas más altas que consistan, simplemente, en unas expansiones de la cultura que, anegando las intimidades del estudianto establezcan inmediatamente una especie de vasos comunicantes con su entorno, irradiándose hacia todo un complejo saber, una plural manifestación cultural que abarque todo lo abarcable.

Lo que hay que superar es el paso desde lo doméstico a lo universal, y lo que no vale, ni mucho menos, es tener visión localista. Al argumento unamunescos del «¡Que inventen ellos!», y que no deja de ser una pequeña chirigota, como otra especie de juego cocotológico del escritor bilbaíno, hay que oponer el «¡Que nos copien ellos!». Si no contamos con tradición universitaria porque en Oñate se interrumpió algo que ya se hace imperdonable que se interrumpiera, y porque con los Caballeritos de Azcoitia feneció lo que podría ser el gran espíritu de una mentalidad universitaria a la europea, lo que sí dicen que tenemos es dinero, y ocurre que al rico, la mínima responsabilidad que es preciso exigirle es que sepa qué hacer de su dinero. Este dinero de Guipúzcoa debiera servirnos para no ir mendigando Facultades como ochavos despreciables, o como huesos descarnados que nos irían echando a los perros pedigüños en que nos iríamos convirtiendo.

En Guipúzcoa, y creo que por iniciativa de Jorge de Oteiza, se habló ya hace algunos años de un Instituto de Investigaciones Estéticas. Eso sí que creo que era una idea de una Universidad a desarrollar. Y lo que entonces hacía falta únicamente era el ir llenando ese ideal Instituto de eminencias, gastar ese dinero sobrante que se destina a tantas cosas menos importantes en hacerse con un prestigioso equipo de ilustres investigadores, y crear un vivo foco cultural entre nosotros, cuya luminosidad llamara la atención. Esto sería, un poco, como un estilo vasco de Universidad.

Y ante la petición de Universidad hay que plantearse, muy seriamente, lo que ésta es, lo que se quiere que sea, y saber con lo que nunca debe bastarnos para quedarnos conformes.

